

FERNANDO VALLS / 2018: UN BUEN AÑO PARA LA NARRATIVA ESPAÑOLA

Decía Borges que como hoy todo se imprime de inmediato, apenas podemos saber nada de su valor. El escritor argentino recordaba, además, que Schopenhauer era de la opinión de que no había que leer nada que no hubiera cumplido por lo menos cincuenta años (Eduardo Mendoza rebaja la cifra a veinticinco años), aunque a la vez se quejaba Borges de que sus libros no se leyeran, aun sin haber cumplido el plazo (1). Valgan esas contradicciones, y otros juicios parecidos, para seguir ocupándonos de la literatura actual, sin apenas red, sin más apoyos que la crítica literaria de actualidad y las primeras consideraciones de los autores sobre sus propias obras.

No podría trazarse un panorama sucinto como este sin preguntarnos de antemano cuántos y qué libros cabe leer para estar en condiciones de componer con cierta fiabilidad un balance del año literario, aunque quede restringido a unos pocos géneros, o para votar en una encuesta en la que se decida cuáles son los mejores libros del año anterior. A esa asentada costumbre, en los últimos tiempos se ha sumado la de anticipar otro repaso en abril. *La Vanguardia* es la más apegada a esta nueva práctica, apuntando al día de Sant Jordi y a la Feria del Libro. Así, podría decirse que este tipo de ejercicios ha acabado convirtiéndose en cierto subgénero del panorama. ¿Pero qué función desempeña hoy ese balance en que se destacan unos pocos libros? Sin duda, orientar al lector, jerarquizando los títulos, al destacar solo aquellos que de momento nos parecen más significativos. Aunque es muy probable que el lector atento, aquel que tiene un criterio propio bien fundamentado, no necesite esas orientaciones.

Pero, dado que se hace, ¿quién puede llevarlo a cabo de la mejor manera posible? Pues quizá solo aquellos que conozcan bien la materia. Si aceptáramos dicha premisa y la lleváramos a la práctica, esos artículos ganarían en independencia y objetividad, sus resultados serían más sensatos y, probablemente, no caerían en las componendas habituales de diarios y revistas, en las que los autores de la casa siempre cuentan con un plus de protagonismo. Aunque tampoco se trate de rebuscar entre lo más recóndito, como veo que hace algún crítico, e incluso un premio de cuento cuyo inicial prestigio anda ya más que empañado por sus reiterados desaciertos, a no ser que entre esos recovecos se encuentre algún libro de verdadero interés al que no se le haya prestado la atención que merece, si bien mucho me temo que no suele ser lo habitual.

Se ha repetido hasta la saciedad que no tenemos suficientes elementos de juicio para juzgar las obras literarias recientes, y sin embargo aceptamos la crítica de actualidad, que tienen en cuenta —en mayor o menor medida— los lectores, editores, agentes literarios y parece ser que también algunos escritores (2), si nos atenemos a las entrevistas que vienen publicándose desde hace años en la página final de *El Cultural*. Se trata, en suma, de un componente más del sistema literario, y me parece que no de menor importancia.

Por tanto, el autor de uno de estos balances deberá haber leído un número suficiente de obras que sean representativas de lo que ha sido el año literario, intentando considerar no solo a los escritores consagrados, sino también a los que empiezan su trayectoria, tendiendo a la ecuanimidad, aunque sin merma de su propio gusto y criterio. Es

necesario, además, que seamos conscientes de que el conjunto de las obras publicadas resulta inabarcable, y que solo podemos leer una mínima parte de ellas. Entonces, ¿cómo seleccionarlas? Creo que no existe otra manera que seguir el interés personal, hasta donde este pueda resultar fiable, pero sin dejar de tener en cuenta el ajeno, el relativo a buenos lectores amigos, el boca a boca, a aquellos críticos que nos merezcan confianza.

Así las cosas, en cuanto a los balances que ha hecho la prensa de lo publicado durante 2018, me temo que en esta ocasión no han resultado demasiado acertados, quizá porque cuando declaran quiénes son los votantes, encontremos entre ellos nombres que no parece que conozcan demasiado la materia que abordan, de ahí que su opinión no siempre resulte fiable, limitándose a menudo a votar a los autores más conocidos y a los colaboradores habituales del medio en el que escriben. No resulta infrecuente, por tanto, que figuren entre los más destacados libros que nos parecen modestos, de autores mediáticos o cultivadores de modas ya trilladas, mientras echamos de menos otros más logrados, arriesgados y verdaderos.

Voy a centrar mi comentario, por tanto, en alguno de los libros narrativos (novela, novela corta, cuento y microrrelato) que he leído y que me parecen —para bien o para mal— dignos de mención. Empecemos por la que quizá haya sido la mayor decepción del año, la novela de Eduardo Mendoza, *El rey recibe* (Seix Barral), en la que Rufo Batalla, el protagonista, no acaba de tomar cuerpo. La primera parte resulta farragosa, pero sube enteros cuando la acción transcurre en Nueva York. En conjunto, la novela peca de falta de sustancia, presentando demasiados altibajos, a pesar de sus parciales aciertos, pues funcionan mejor las microhistorias que el trazado general de la narración. Por el contrario, las obras que más me han interesado han sido las de Antonio Soler (*Sur*, Galaxia Gutenberg), Andrés Neuman (*Fractura*, Alfaguara), Mario Cuenca Sandoval (*El don de la fiebre*, Seix Barral) y Cristina Morales (*Lectura fácil*, Anagrama), novelas que no siempre ocupan el lugar destacado que creo que les corresponde en los balances del pasado año, aunque en el caso del último libro, recibido con muy buenas críticas, haya que recordar que apareció muy tarde.

A las novelas citadas, podrían añadirse también otras notables o meramente discretas, en muy diversos grados, como son las de Luis Mateo Díez (*El hijo de las cosas*), Manuel Longares (*Sentimentales*) y Andrés Ibáñez (*Un maestro de las sensaciones*), en Galaxia Gutenberg; Rosa Montero (*Los tiempos del odio*), Elvira Lindo (*30 maneras de quitarse el sombrero*), Clara Usón (*El asesino tímido*), Isaac Rosa (*Feliz final*), Agustín Fernández Mallo (*Trilogía de la guerra*), Pablo Gutiérrez (*Cabezas cortadas*) y Juan Vico (*El animal más triste*), todas ellas en Seix Barral; Álvaro Pombo (*Retrato del vizconde en invierno*), en Destino; Miguel Ángel Hernández (*El dolor de los demás*), Sara Mesa (*Cara de pan*) y Esther García Llovet (*Sánchez*), publicadas por Anagrama; Eduardo Mendicutti (*Malandar*) y Ginés Sánchez (*Mujeres en la oscuridad*), editadas por Tusquets; y Juan José Millás (*Que nadie duerma*), en Alfaguara. A las que podrían sumarse las obras de Berta Vias Mahou (*Una vida prestada*, Lumen), Mariano Antolín Rato (*Silencio tras el telón del sueño*, Pez de plata), Manuel Vilas (*Ordesa*, Alfaguara), cuyo

(1) Cf. María Esther Vázquez, *Borges. Sus días y su tiempo (Conversaciones)*, Tajarar Editores, Santiago de Chile, 2010, p. 296.

(2) *Vid.*, al respecto, Enrique Vila-Matas, «Café Pereg. El peso del año», *El País*, 23 de diciembre del 2014. Recogido en *Impón tu suerte*, Círculo de tiza, Madrid, 2018, pp. 406 y 407. Ed. de Mario Aznar Pérez.

éxito cuesta trabajo entender por desmesurado; Irene Gracia (*Las amantes boreales*, Siruela), Santiago Lorenzo (*Los asquerosos*, Blackie Books), Juan Gracia Armendáriz (*Guía de extraviados*, Pre-textos); Jesús Zomeño (*El cielo de Kaunas*, Contrabando), Juan Fernández Sánchez (*La silla vacía*, Edhasa. Premio Tiflos), Juan Antonio Masoliver Ródenas (*La negación de la luz*, Acontilado) y Selena Millares (*La isla del fin del mundo*, Barataria). Algunas de estas obras siento decir que no he podido leerlas. A las muchas penurias que padece la crítica literaria de actualidad —la gran mayoría escribimos por amor al arte—, se añade ahora el hecho de que la mayoría de las editoriales haya dejado de enviarles los libros a los críticos. No parece una práctica ni sensata, ni sana para el normal funcionamiento del sistema literario.

Respecto a la narrativa breve, al cuento y al microrrelato, destacaría los libros de Juan Eduardo Zúñiga (*Fábulas irónicas*, Nórdica), quien acaba de cumplir cien años, sin por ello haber dejado de escribir; Francisco Ferrer Lerín (*Besos humanos*) y Marcos Giralt Torrente (*Mudar de piel*), ambos en Anagrama; Ángel Zapata (*Luz de tormenta*), José Ovejero (*Mundo extraño*. Premio Setenil) y Pablo Andrés Escapa (*Fábrica de prodigios*), todos ellos en Páginas de Espuma; Elvira Navarro (*La isla de los conejos*, Penguin Random House); Julia Otxoa (*Confesiones de una mosca*, Menoscuarto), Francisco Silvera (*Libro de los silencios*, e.d.a) y los microrrelatos de Manu Espada (*Petricor*, Cuadernos del Vigía).

Visto el panorama, a grandes rasgos, sin haber podido evitar lo que tiene de listín telefónico, voy a centrarme en esos pocos títulos que me han parecido de especial interés, resaltando sus principales rasgos, aportaciones y valores. La novela de Antonio Soler cuenta los distintos avatares que ocurren en la vida de una ciudad a lo largo de un único día de 2016. Y aunque inspirada en las vivencias del propio autor, ficcionalizadas —da vergüenza tener que seguir insistiendo en esto—, se funda en una tradición universal (James Joyce, John Dos Passos o Alfred Döblin) y sus mejores ecos en la narrativa española, Camilo J. Cela y Luis Romero. El uso del diálogo, la polifonía de voces, los distintos lenguajes de los personajes y las diversas tipografías sirven a una ácida visión de un mundo dominado —a la manera barrojana— por la lucha por la vida, en el que el melodrama convive con la tragedia y la comedia. Creo que estamos ante una de las mejores novelas españolas de las últimas décadas, que ya ha obtenido los premios Juan Goytisolo y Francisco Umbral.

Fractura, de Andrés Neuman, en cambio, es una novela que desde una perspectiva múltiple trata sobre la memoria, el olvido, los traumas y la culpa, pues plantea un asunto de calado universal, a través de la vida de Yoshie Watanabe, un personaje que ha sobrevivido a Hiroshima, y de las cuatro mujeres con las que comparte su vida en otros tantos momentos significativos de la historia reciente. En su deambular por distintas capitales del mundo (París, Nueva York, Buenos Aires y Madrid), hasta volver al origen, que en su caso no es solo Japón sino el trágico presente de Fukushima, con su descenso a los infiernos, valiéndose de múltiples registros, hallamos un canto a la identidad múltiple en un mundo interconectado, a la vez que un empeño en cuestionar el papel que ha desempeñado la energía en el desarrollo de la sociedad, y el escaso cuidado que se le ha prestado al medio ambiente.


La novela de Mario Cuenca Sandoval, *El don de la fiebre*, a la que se le ha concedido el Premio Ciudad de Barcelona, recorre los momentos más importantes de un músico atípico, como fue Olivier Messiaen (1908-1992), un católico que creía en la sinestesia, fascinado por la naturaleza, amante de la ornitología. Y aunque la historia actúe como telón de fondo, condicionando la vida del protagonista,

es la creación artística su motor principal. Se vale así de diversas metáforas que le sirven para iluminar los trágicos avatares del último siglo, los misterios de la composición, y junto a ello, los claroscuros en que se desarrolló la existencia de este músico, que estrenó la que quizá sea su principal obra, *Cuarteto para el fin del tiempo* (1941), en el campo de concentración en el que se encontraba prisionero. Pero lo que esta novela nos cuenta, en suma, es que «la creación artística (...) es una travesía solitaria y exige del creador una existencia vuelta hacia sí. Desentendida de los otros, desentendida de lo común...». De todo ello se desprende que la música nos humaniza, nos eleva y puede hacernos mejores, más libres y, por tanto, más felices.

Por último, *Lectura fácil*, de Cristina Morales, que ha obtenido el Premio Herralde, es la más atípica de todas estas notables novelas. Sus protagonistas, que viven en Barcelona, son cuatro mujeres con discapacidad intelectual, además de charnegas, que transitan por los márgenes de la sociedad. Cada una tiene su propia voz —o la cede— y diferentes aspiraciones. Pero, en conjunto, su conducta y opiniones —como los locos y bufones clásicos— suponen una demoledora crítica social, como pocas veces habíamos visto, pues cuestionan no solo las costumbres y leyes sino el lenguaje, centro del ecosistema social. Sea como fuere, desde *Escuela de mandarines* y *La fea burguesía*, de Miguel Espinosa, no recuerdo haber leído una crítica tan feroz del sistema, una enmienda casi a la totalidad, pues Cristina Morales pone el dedo en aquellas llagas que más nos duelen, confrontando la lógica y el léxico del poder con el pensamiento ácrata, y precisamente de ese enfrentamiento surge la carcajada. Así, esta ambiciosa narración se propone desafiar los límites del gusto (valga el caso de las alusiones corporales y las relaciones sexuales), además de las verdades establecidas, lo políticamente correcto, sobre todo por la izquierda, a quien cuestiona también por su paternalismo. En suma, llevando los razonamientos al absurdo para probar su falibilidad, o convirtiéndolos a veces en un diálogo de besugos, como ocurre —por ejemplo— en el que mantienen la jueza y Àngels. El caso es que esta narración va unos pasos más lejos de lo que habíamos leído hasta ahora, esas novelas comprometidas, pero *blandiblús* —como las llama una amiga narradora y crítica literaria—, saliéndose de lo previsto, de lo establecido.

Sin embargo, la novela más divertida del año, toda una fiesta del lenguaje, de la retórica, es la de Luis Mateo Díez, *El hijo de las cosas*, autor que nunca decepciona, quien de nuevo cultiva un humor con vetas expresionistas y ribetes del absurdo, descendiente del mejor Jardiel Poncela. Se trata de una obra tragicómica, de situaciones —a menudo insólitas y sorprendentes— y de personajes, como todas las del autor, cuya acción transcurre en Oceda, una de las *ciudades de sombra* de Celama. La trama se basa en una búsqueda, tras la desaparición de Cano Corada, y pivota sobre tres episodios y la aclaración definitiva de los enigmas: junto a la ausencia del citado; el momento en que Fruela, una de sus dos hermanas, descubre que les ha esquilado la cuenta corriente que comparten; además de la llegada inesperada de Vedi, hija natural del perdido. Así, con la excusa de la búsqueda de Cano, que fue un niño mimado, ahora convertido en ludópata, se radiografía una sociedad donde no siempre se distingue la verdad del engaño, y en la que los secretos y pasiones de sus ciudadanos componen un nuevo *jardín de las delicias*.

Un andar solitario entre la gente, de Antonio Muñoz Molina, más que una novela, me parece un *diario*, aunque la presencia de lo narrativo no se escatime. Como me imagino que nadie va a ocuparse en este *Almanaque* de ese género, voy a dedicarle unas líneas, pues se trata de un libro arriesgado, sin que por ello carezca de defectos. El


F. VALLS /
2018: UN BUEN
AÑO PARA LA
NARRATIVA
ESPAÑOLA

autor, gran mitómano, se siente continuador de aquellos escritores que recorrieron la ciudad para mostrárnosla (De Quincey, Poe, Baudelaire, Melville, Pessoa o Benjamin). La acción transcurre durante el verano de 2016 cuando decide cambiar de casa, quedándose sin domicilio fijo, mientras vive a caballo entre Madrid y Nueva York, ciudad de la que se despide tras haber pasado durante años largas temporadas en ella. De lo que se trata, en esencia, es de cómo captar lo inmediato, reproduciendo el bullir constante de las ciudades modernas; de luchar con el lenguaje, contra las resistencias de la sintaxis. Pero si algo parece anunciarnos, es que la herencia que vamos a dejar estará compuesta de ruido, ensimismamiento, mucho narcisismo e infinitas toneladas de basura de plástico, aunque quizá también del deseo y la conciencia de la necesidad que tenemos de preservar esa mezcla de libertad y seguridad que todavía hoy seguimos disfrutando en la vieja Europa occidental.

Dos gratas sorpresas han supuesto las novelas de Selena Millares y Juan Vico. *La isla del fin del mundo* es la historia de una búsqueda, del viaje que en 1783 emprende Aidan, un joven irlandés que acaba instalándose en las Canarias, en busca de la isla de San Borondón, del paraíso en la tierra, tras recorrer Burdeos, Madrid y Cádiz. Relato de viajes y novela de formación, por tanto, además de un homenaje a la Ilustración en Canarias, pues masones e ilustrados representan los nuevos valores que deben defenderse frente a la intolerancia, a la presencia asfixiante del Santo Oficio. Por último, quiero destacar el memorable encuentro en Madrid de Cagliostro y Casanova. Por otro lado, en *El animal más triste*, Juan Vico parte de una reunión de amigos en una casa rural para que cada cual salde cuentas consigo mismo en una especie de novela polifónica. Al mismo tiempo lleva a cabo un homenaje al buen cine, sin que falte en la segunda parte una historia de amor ambientada en plena guerra civil. Así pues, el autor baraja varios registros y técnicas de escritura, y no renuncia tampoco a la reflexión metaliteraria, según ocurre en sus anteriores novelas.

Por lo que se refiere a la narrativa breve, en sus distintas modalidades, habría que destacar las *Fábulas irónicas* de Juan Eduardo Zúñiga, ejemplificadas con un caso. Se centran en aquellos que ostentan o pululan alrededor del poder, como una manera de alertarnos sobre el presente. La fábula es un género que en las últimas décadas ha tenido en castellano brillantes cultivadores, como Augusto Monterroso, Juan Benet, Luis Goytisolo o Luis Mateo Díez. *Besos humanos*, de Francisco Ferrer Lerín es un libro tan atípico como todos los suyos, plagado de ironía, de humor negro, en el que se recogen textos publicados entre 1962 y 2017. La mayoría son narraciones breves, incluido algún microrrelato. El autor transita por los márgenes del realismo, valiéndose incluso del lenguaje automático, o de los sueños, auténtico semillero de sus historias, en las que no escasean las fantasías sexuales, a menudo descarnadas, brutales o escatológicas. En uno de estos textos comenta las características constantes de sus obras: «estructuración cinematográfica, literatura galante española, antirregionalismo, antichabacanería, Saint-John Perse, brujería, Joyce, dadaísmo, piratas, Freud, erotismo, Gabriel Miró, Henry Miller, *Une saison en enfer*, Whitman, y también la fauna silvestre europea, el póquer, las ciudades corrompidas... y, en general, todo lo que está suficientemente sedimentado» (p. 157). En *Confesiones de una mosca*, de Julia Otxoa, nos encontramos con historias, cuentos y microrrelatos que, a veces, transgreden los márgenes de la realidad, pues los personajes, en la mínima entidad que puede concederles el microrrelato, dada su dimensión, se sienten a menudo incomunicados e incomprensidos. *Libro de los silencios*, de Francisco Silvera, debe leerse como un ciclo de cuentos,

formado por piezas independientes que en conjunto componen una secuencia narrativa, sin ser, claro, una novela. Mientras que *Luz de tormenta*, de Ángel Zapata, es un libro de narraciones breves más cercanas al poema en prosa que al microrrelato, género que predominaba por el contrario en *Materia oscura*, su anterior volumen. En esta ocasión, nos ofrece un conjunto de piezas despojadas de adornos y significados superfluos, como si buscara dejarlas en el hueso mismo de la expresión literaria. Cosa que logra con creces, acercándolas a sentidos de corte poético y onírico, epifánicos. Con depósito legal de 2018, pero habiendo aparecido al final o a comienzos del siguiente, no he podido leer todavía ni las tres novelas cortas que componen el nuevo libro de Pablo Andrés Escapa, *Fábrica de prodigios*, ni tampoco los nuevos cuentos que Elvira Navarro recoge en *La isla de los conejos*.

Tampoco quiero dejar de llamar la atención sobre los libros ensayísticos, analíticos, de dos autores de mérito: Enrique Vila-Matas, *Impón tu suerte* (Círculo de tiza), y Fernando Aramburu, *Autorretrato sin mí* (Tusquets). El primero quizá sea uno de los narradores, junto a José María Merino, Javier Marías, José María Guelbenzu y Antonio Muñoz Molina, que más hayan escrito sobre otros autores, cuestionándose algunos de los problemas principales con los que se encuentra el creador literario, el cultivo de la ficción. Valga decir, en esta brevísima aproximación, que los autores que más cita Vila-Matas en esta recopilación de artículos son Beckett, Bolaño, Borges, Joyce, Kafka, Sergio Pitlor, Stevenson y Robert Walser.

Llegados a este punto, uno no puede dejar de preguntarse para qué sirven estos balances, en los que intentamos llamar la atención sobre los mejores libros del año; acaso para contrarrestar la apabullante presencia en los medios de los libros meramente comerciales. Y a largo plazo (pueden consultarse los balances correspondientes, por ejemplo, a la última década del siglo pasado), quizá valgan también para comprobar hasta qué punto las creaciones más arriesgadas y valiosas se abren paso, y cuánto tardan en hacerlo. Soy de los que opinan que sí existen libros mejores, que representan de forma más matizada y compleja el mundo en que vivimos, más allá de atender solo los criterios comerciales, los libros más vendidos. Es evidente que los primeros no compiten en igualdad de condiciones en el mercado, ahora que parece que también los suplementos culturales y las pocas revistas que van quedando empiezan a bajar la guardia y a mostrarse más complacientes con aquellos productos que los comerciantes intentan colocarnos por todos los medios a su alcance. A ese respecto, suscribo las palabras de la dramaturga María Velasco, quien denuncia a «la gente que utiliza al público como excusa para justificar la falta de ambición artística» (*El Cultural*, 12 de enero del 2019). Prescindo, por tanto, remedando ahora unas palabras de la guionista y directora de cine Celia Rico (*El País*, 2 de febrero del 2019), de aquellos libros que te lo dan todo mascadito o plagado de estereotipos, juicios de valor y moralina, aquellos que no confían en la inteligencia del lector.

Las estadísticas nos dicen que en los últimos cuatro años las ventas de libros han descendido un 35 %, y solo en el 2018 un 14 % (Manuel Rodríguez Rivero, «Sillón de orejas. Decime qué libro lees», *El País*, 17 de noviembre del 2018). Y a pesar de todo, a la vista de la indudable calidad de un puñado de novelas, el balance me parece muy positivo, pues un autor se consagra definitivamente (Antonio Soler), otro se consolida (Andrés Neuman) y dos dan un paso adelante que probablemente resulte decisivo en sus trayectorias como escritores (Mario Cuenca Sandoval y, sobre todo, Cristina Morales) (3).

F. V.—UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BARCELONA